

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO,
CELESTINA, ELICIA, CRITO, PÁRMENO.

ESCENA I

En el jardín de Melibea.

CALISTO: Así que ese es tu nombre: Melibea.

MELIBEA: Como el tuyo es Calisto.

CALISTO: En esto veo la grandeza de Dios.

MELIBEA: ¿En qué, Calisto?

CALISTO: En que dio instrucciones a la naturaleza para que te hiciese tan hermosa, y en que me ha concedido, sin merecerlo, el regalo de encontrarte aquí. ¿Acaso hay ahora mismo en este mundo un hombre más feliz que yo? Ni siquiera los santos, que gozan en el cielo con la visión de Dios, pueden disfrutar más de lo que yo lo hago al contemplarte.

MELIBEA: ¿Tanto te agrada verme, Calisto?

CALISTO: Si Dios me diese en el cielo un asiento a su lado, no sería más feliz.

MELIBEA: ¿No exageras un poco?

CALISTO: Solo hay una sombra en esa felicidad, y es que empiezo a entrever el tormento que debe de ser separarse de ti.

MELIBEA: Pues, si sigues así, yo te daré un premio aún mayor.

CALISTO: ¡Oh, dichosos oídos míos, que habéis escuchado palabras tan hermosas!

MELIBEA: *(Con enojo)*. Me has entendido mal. Más que dichosos, tus oídos serán desdichados, cuando escuchen lo que voy a decirte. Porque he de hablarte como corresponde a tu loco atrevimiento. ¡Vete de aquí, infame, lascivo! ¿Cómo te atreves a intentar seducirme con halagos y frases ingeniosas? ¿Tan poco te importa mi virtud? ¿Crees que a mí me divierte escucharte? Yo estaba tranquila antes de que vinieras. ¡Vete de una vez, sinvergüenza!

CALISTO: *(Confundido y herido en su amor propio)*. Me iré, porque el destino me ha señalado con un odio cruel.

ACTO XVI

Pleberio y Alisa, que creen que su hija Melibea sigue siendo virgen, hablan sobre la conveniencia de que se case. Melibea los oye y se enfada, porque está enamorada de Calisto.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA.

ESCENA I

Pleberio y Alisa, en una habitación de su casa.

PLEBERIO: Alisa, amiga, el tiempo se nos escapa entre las manos y la muerte nos sigue como una sombra, hasta que caemos en su poder. No sabemos cuándo seremos llamados, pero conviene que empecemos a prepararnos. Pongamos en orden nuestras almas, hagamos testamento y casemos a nuestra hija. Solo entonces nos iremos tranquilos y sin dolor de este mundo. Además, si lo hacemos pronto, evitaremos las murmuraciones de la gente, pues la mejor manera de conservar la reputación de una virgen es un casamiento temprano. ¿Quién

Fernando de Rojas (versión de Vicente Muñoz Puelles)

no estará contento de recibir una joya así? Ninguna otra muchacha de la ciudad tiene las cuatro virtudes principales que se esperan de una joven casadera: hermosura, riqueza, virginidad, y noble origen.

ALISA: Ojalá, Pleberio, veamos nuestros deseos cumplidos en vida. Pero no creo que sea tan fácil encontrarle a Melibea un marido que la merezca. En todo caso, tú eres quien ha de decidirlo, pues eres el padre. Yo me contentaré con lo que ordenes y nuestra hija obedecerá, pues es casta y humilde.

ESCENA II

Lucrecia escucha tras la puerta, y Melibea está con ella.

LUCRECIA: (*Aparte*). ¡Si lo supierais, reventaríais! ¡Mala vejez os espera, porque eso a lo que dais tanto valor ya os lo ha quitado Calisto! Y, como Celestina ha muerto, no queda nadie que restaure los virgos. (*En voz alta*). ¡Escucha, señora Melibea!